

Las dificultades de la fe cristiana en Europa

Luis GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA*

El cristianismo en horas bajas

Hasta el momento, la Fundación «Grupo de Estudio sobre Sistemas Europeos de Valores» (*European Value Systems Study Group*) ha realizado tres macro-encuestas en los países de la Unión Europea (1981, 1990 y 1999) que han puesto de manifiesto un persistente retroceso de la religiosidad en el Viejo Continente, tanto de las creencias como –sobre todo– de la práctica cultural.

Como no se trata de abrumar al lector con cifras, daremos un solo dato a modo de ejemplo: el número de europeos que acuden al templo al menos una vez al mes ha bajado, entre la primera y la última encuesta, del 34% al 27%. En España –el país que más ha cambiado de todos los estudiados– el descenso fue bastante mayor: del 53% al 35%: aproximadamente, un punto cada año. Si se mantuviera ese ritmo, los templos quedarían prácticamente vacíos dentro de poco tiempo.

No es extraño que, hace ya algunos años, un autor francés llegara a contabilizar cerca de 250 títulos sobre el futuro del cristianismo. Uno de los más difundidos se titulaba, provocativamente, *¿Somos los últimos cristianos?* Su autor, el dominico Jean-Marie Tillard, empezaba pasando revista a los motivos por los que planteaba esa pregunta. Aun cuando estaban tomados del contexto eclesial canadiense, dichos motivos son bastante semejantes a los nuestros: «Los bancos de las iglesias –decía– están cada vez más vacíos y ocupados por personas cuyos cabellos son cada vez más blancos, de tal modo que se suprimen parroquias. Los seminarios se quedan desiertos...»¹.

Al menos hasta ahora, se trata de un problema exclusivo de Occidente –y ni siquiera de todo Occidente (se da en Europa y en Canadá, pero no en los Estados Unidos)–, porque en el conjunto del mundo siguen aumentando los cristianos en general, y los católicos en particular; principalmente debido al crecimiento vegetativo, pero también por causa de las conversiones.

Algunos se han consolado pensando que el cristianismo en Europa, al dejar de ser una realidad impuesta por los convencionalismos sociales, será menos numeroso, pero también más personal y comprometido. Desgraciadamente, las encuestas no confirman esa hipótesis. Más bien, por el contrario, se está generalizando lo que González-Anleo llamó *Religión «light»*: una religiosidad cómoda, poco exigente, que coexiste sin problemas con

convicciones y estilos de vida escasamente compatibles con la ortodoxia y la ortopraxis cristianas².

En este artículo intentaré identificar las causas de nuestra enfermedad, porque sin un diagnóstico correcto sería imposible ofrecer soluciones eficaces. Sin pretender ser exhaustivo –ni mi capacidad ni las 4.000 palabras que debe tener el artículo me lo permiten–, hablaré de las cinco causas que me parecen más importantes.

Dificultades con la cultura moderna

En un conocido libro, Acquaviva sostuvo que el retroceso de la religiosidad en Europa quizá pudo comenzar hacia el año 1100, e incluso antes. Pero reconoce que es muy difícil llegar a conclusiones seguras: «Se trata –dice– de un problema para el cual los márgenes de incertidumbre son tan vastos, y los datos de que disponemos tan vagos, que nos parece perfectamente inútil pronunciarnos por una hipótesis que podría ser refutada»³.

La mayoría de los autores piensan más bien que la crisis del cristianismo comenzó con la llegada de la modernidad, que ha sido una de las más gigantescas transformaciones culturales conocidas por la humanidad. Para Jaspers fue el cuarto y último corte ocurrido en la historia, tras la hominización, el neolítico y lo que él llamó «tiempo-eje» (un período de tiempo difícil de precisar, pero situado entre los años 800 y 200 a.C., durante el cual, en áreas geográficas muy distantes y sin aparente relación entre sí, surgió la conciencia reflexiva y la identidad personal individual)⁴.

La aparición de la cultura moderna hizo tambalearse todo en Europa, desde la cosmología hasta las monarquías absolutas. Descartes, como es sabido, sintió la necesidad de cuestionar absolutamente todo lo que le habían transmitido las generaciones precedentes. No es extraño, por tanto, que también resultaran sacudidos los cimientos de la fe cristiana.

Heine, en el famoso pasaje sobre el «viático de Dios», narra cómo, a lo largo de los siglos, el viejo Yahveh de las tribus hebreas del desierto fue haciendo gigantescos esfuerzos para sobrevivir, suavizando primero sus rasgos de tirano oriental, adaptándose después a la cultura greco-latina... para, al final, acabar cayendo exánime y agotado a los pies del hombre moderno, sin fuerzas ya para adaptarse a él. A pesar de la frivolidad del lenguaje empleado, merece la pena recordar el pasaje:

«Un característico temor, una misteriosa piedad, no nos permiten seguir escribiendo hoy. Nuestro pecho está lleno de espantosa compasión: se prepara a morir el mismo Yahveh. Le hemos visto deponer sus pasiones demasiado humanas, dejando de escupir cólera y venganza o, por lo menos, absteniéndose de empezar con truenos y relámpagos a la menor tontería; le hemos visto emigrar a Roma, la capital, renunciando allí a todos sus prejuicios nacionales; [...] le hemos visto espiritualizarse aún más, hacerse padre amantísimo, universal amigo de los hombres, felicidad del mundo, filántropo: y nada de ello le sirvió para nada. ¿Oís sonar la campanilla? Arrodillaos: están llevando los sacramentos a un dios moribundo»⁵.

Aunque Heine renegó de este y otros pasajes del libro cuando volvió a la fe, es indudable que plantea un problema real. La fe

cristiana había echado raíces tan profundas en la cultura europea premoderna que después no supo aclimatarse en las culturas no occidentales ni en la cultura europea moderna.

Esto se convirtió en un grave obstáculo para adherirse al Evangelio. La conversión siempre resulta difícil, porque exige renunciar al pecado; y todos tenemos «nuestros pecados preferidos». Pero si, además de renunciar al pecado, el individuo se ve obligado a vivir un conflicto permanente con su propia cultura, las dificultades se vuelven casi insuperables. Pues bien, ese problema, que desde antiguo venían padeciendo las culturas no occidentales, empezamos a tenerlo igualmente los europeos cuando llegó la modernidad. Si en China el cristianismo parecía «de otro lugar», en Europa empezó a parecer «de otro tiempo».

El Concilio Vaticano II quiso poner fin a los tiempos de la monoinculturación y pidió que la fe cristiana se encarnara en todas y cada una de las culturas: «La Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas ni regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna, a ningún sistema particular de vida, a ninguna costumbre antigua o reciente. Fiel a su propia tradición, y consciente a la vez de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura» (GS 58c). Pero, naturalmente, una transformación de tal envergadura lleva su tiempo.

La inculturación de la fe cristiana en la cultura europea moderna exige actuar en dos frentes: el del pensamiento y el de la organización eclesial.

En cuanto al pensamiento, como dice muy bien Torres Queiruga, o logramos que los contenidos de la fe cristiana «resulten *inteligibles* y *vivenciables* en la nueva situación cultural, o irán pasando inevitablemente al baúl de los recuerdos, buenos sólo para la nostalgia de los abuelos y para escarnio de los nietos»⁶. Por ejemplo, los hombres modernos, que conocen las leyes naturales, nunca podrán entender la providencia divina al modo de los hombres premodernos, que atribuían cada acontecimiento a un designio particular de Dios. Por citar nuevamente al teólogo gallego: «Basta una “locutora del tiempo” hablando de isobaras después de la noticia de unas rogativas por la lluvia, para crear en el ambiente la impresión de que la religión y sus usos pertenecen irremisiblemente a un pasado muerto o, en el mejor de los casos, meramente folklórico»⁷.

En cuanto a la organización eclesial, los hombres modernos, que tan sensibles son a los derechos humanos, difícilmente podrán aceptar un ejercicio de la autoridad en la Iglesia tan alejado de las prácticas democráticas o la marginación de la mujer en las comunidades cristianas, por poner sólo un par de ejemplos.

Dificultades con la Iglesia

Cuando Jesús dijo aquello de «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte» (Mt 5, 14), aludía a una antigua tradición profética según la cual los paganos se incorporarían al pueblo de Dios, debido a la fascinación que éste ejercería sobre ellos (cf. Is 2,2-3), sin necesidad de realizar ningún esfuerzo misionero.

Resulta fascinante, en efecto, una comunidad auténticamente cristiana donde se vivan con naturalidad los valores evangélicos:

- La *familiaridad con Dios*, «que nos hace exclamar: ¡*Abbá*, Padre!» (Rm 8,15).
- La *fraternidad*, incompatible con cualquier pretensión de encumbrarse sobre los demás en el interior de las comunidades cristianas: «No llaméis a nadie “padre”, ni “maestro”, ni “señor” en la tierra, porque uno solo debe ser vuestro Padre, Maestro y Señor: el del Cielo. Todos vosotros sois *hermanos*» (Mt 23,8-10).
- El *servicio mutuo*: «Servíos unos a otros por amor», decía Pablo (Ga 5,13). Y Jesús había precisado antes que esto debe caracterizar especialmente a los dirigentes de la comunidad cristiana: «Ya sabéis que en la tierra lo normal es que los jefes se endiosen. ¡Que no sea así entre vosotros! Entre vosotros, el primero debe ser el esclavo de todos» (Mt 20,25-28).
- El *compartir* los bienes materiales, de modo que «ni a quien recoja mucho le sobre, ni a quien recoja poco le falte» (2 Co 8,15).
- El *amor generoso*: «Os doy un mandamiento nuevo –dijo Jesús–: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,34), es decir, hasta dar la vida por un hermano si hace falta (Jn 15,13).
- El *compromiso por edificar un mundo mejor*, porque el fin último de la misión de Jesús no fue establecer la Iglesia, sino el Reino de Dios. En el discurso programático de la sinagoga de Nazaret resumió su misión haciendo suyo un oráculo del Tercer Isaías (61,1-2a; 58,6):

«El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciar
la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar
la liberación a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a libertar a los oprimidos
y a proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Desgraciadamente, hoy no es fácil encontrar comunidades que vivan así. Un estudio sobre la imagen de los creyentes en la España actual puso de manifiesto que, en opinión de la gente, sólo «los fanáticos» (*sic*) viven de acuerdo con las exigencias de su religión. Los demás se comportan «más o menos como todo el mundo»⁸.

Alguien dijo de la Iglesia Anglicana –y podría ser fácilmente generalizable a las demás confesiones cristianas– que era «el Partido Conservador reunido en oración». No es extraño que una Iglesia semejante no atraiga ya a casi nadie. Y lo malo es que hoy resulta difícil volver a la primitiva radicalidad. Quien se acerque a la Iglesia con el propósito de vivir fielmente el Evangelio, es muy probable que acabe contagiándose, poco a poco, del conformismo ambiental.

Es tremendo que algunas personas cuya honestidad está por encima de cualquier duda no se atrevieran a incorporarse a la Iglesia precisamente por eso. Simone Weil, por ejemplo, en carta al dominico J.M. Perrin, escribió:

«Amo a Dios, a Cristo y a la fe católica tanto como a un ser tan miserablemente insuficiente le sea dado amarles. Amo a los santos [...]. Amo a los seis o siete católicos de espiritualidad auténtica que el azar me ha llevado a encontrar en el curso de mi vida. Amo la liturgia, los cánticos, la arquitectura, los ritos y las ceremonias católicas. Pero no siento en modo alguno amor por la Iglesia propiamente dicha, al margen de su relación con todas esas cosas a las que amo»⁹.

Ella, que siempre había vivido un amor comprometido por los desheredados, se negó a bautizarse, porque temía aburguesarse dentro de la Iglesia:

«Aun cuando tuviese la certeza de que el bautismo es condición absoluta de salvación, no querría, pensando en mi salvación, correr tal peligro»¹⁰.

«Lo que me da miedo –explica– es la Iglesia como realidad social... [porque] hay en mí una fuerte tendencia gregaria... [y] sé que, si en este momento tuviera ante mí a una veintena de jóvenes alemanes cantando himnos nazis a coro, una parte de mi alma se haría inmediatamente nazi»¹¹.

«Hubo santos que aprobaron las Cruzadas o la Inquisición. [...] Debo pensar que tuvieron que estar cegados por algo muy poderoso. Ese algo es la Iglesia en tanto que realidad social»¹².

Quiero creer que Simone Weil, de haber vivido en los tiempos del postconcilio, no habría tenido tantos reparos para bautizarse. Pero ¿no es verdad que siguen predominando todavía hoy los que Papini, con el fuego de su conversión reciente, llamaba «cristianos al diez por mil»¹³, es decir, personas cuyo cristianismo está diluido en cantidades muy superiores de conformismo?

La cultura de la satisfacción

Aunque existan diferencias entre unas regiones y otras, en su conjunto Europa es un espacio geográfico hiperdesarrollado técnica y económicamente, cuyos habitantes parecen instalados en lo que Galbraith llamaría «la cultura de la satisfacción»¹⁴; algo que sin duda influye en el creciente desinterés por las cuestiones religiosas. Es sabido que, en la parábola de los invitados a las bodas (Lc 14,15-24), fueron precisamente los ricos y poderosos –los satisfechos, en definitiva– quienes no respondieron a la invitación: *no creían tener necesidad de salvación*.

Ciertamente, los ricos necesitan de Dios tanto como los pobres, pero es muy fácil que en ellos se desarrollen actitudes de autosuficiencia que se lo oculten. A quien lo dude le recomendaría leer la descripción que hizo de unos y otros, allá por el siglo XVII, La Bruyère. Decía del rico:

«Tiene la mirada fija y segura; [...] los andares firmes y solemnes. Habla con desparpajo, hace repetir las cosas a su interlocutor; [...] despliega un gran pañuelo y se suena ruidosamente; [...] se detiene él y se detienen los demás; [...] se cree con talento y con inteligencia. Es rico».

En cambio, describiendo al pobre, decía:

«Cree aburrir a los que le oyen; [...] no ocupa sitio; [...] cuando le ruegan que se siente, lo hace apenas en el borde de la silla; habla bajo en la conversación y articula mal; [...] sólo abre la boca para contestar; tose y se suena bajo su sombrero; [...] espera a estar solo para estornudar; [...] nadie le debe ni saludo ni cortesía. Es pobre»¹⁵.

Esas experiencias vitales tan distintas no pueden dejar de tener consecuencias religiosas. El rico está tan seguro de sí mismo que no necesita apoyarse en Dios. Lo sepa o no, está apoyado en sus riquezas. Piensan los escrituristas que la palabra aramea *Mammón*, utilizada por Jesús para referirse al dinero (Mt 6,24; Lc 16,9) y que los evangelistas nos han transmitido sin traducir, se deriva de la raíz *'mn* («firme», «seguro»)¹⁶; igual, por tanto, que la palabra *'āman* («fe»). Quienes tienen fe se apoyan en Dios. En cambio, quienes poseen riquezas se apoyan en ellas.

Los pobres, por el contrario, como no pueden apoyarse en el dinero, sienten espontáneamente la necesidad de poner su confianza en Dios. «He aquí la miseria que enseña a orar», decía Ernst Bloch¹⁷. Esto nada tiene que ver con la religión como opio del pueblo. Es, sencillamente, que *la situación de pobreza sociológica se convierte en un sacramento de la pobreza ontológica*. Ya lo dijimos más arriba: los ricos necesitan de Dios tanto como los pobres, pero es más difícil que lo experimenten.

Consideraciones semejantes podríamos hacer a partir del hiperdesarrollo técnico que vivimos en Europa. Ya somos capaces de pasearnos por la luna, de sustituir en el cuerpo humano los órganos que se deterioran y de modificar nuestro patrimonio genético. Pronto seremos capaces, según parece, de arrebatarse a la naturaleza el secreto más grande, profundo y sagrado: la creación o recreación del milagro de la vida humana. Tras la clonación de la famosa oveja Dolly, alguien dijo gráficamente: «Hoy la oveja; mañana el pastor».

En otro lugar escribí que todo eso ha generado en nosotros una «psicología de diosecillos»¹⁸. Y, naturalmente, la tentación más característica del hombre con psicología de diosecillo es prescindir de Dios.

El caso es que muchos europeos –por emplear una célebre fórmula de Tierno Galván– parecen vivir «perfectamente instalados en la finitud»¹⁹. El «viejo profesor» estaba, en efecto, tan perfectamente instalado en la finitud que, suponiendo que sintiera algún malestar, era porque la finitud necesitaba todavía ser mejorada un poco, pero no porque necesitara ser trascendida (no es que deje de haber contradicciones –decía–, pero «la contradicción no excede al mundo»²⁰). Por desgracia, en los países opulentos es cada vez más frecuente un tipo de hombre tan satisfecho que ni siquiera anhela mejoras de la finitud.

El final del monopolio religioso

Hasta la Reforma Protestante –y en algunos países, como España, prácticamente hasta nuestros días– la Iglesia Católica disfrutó en Europa de una situación de monopolio. Cuando un individuo demandaba religión, sólo podía acudir a un «proveedor»: su propio párroco, por muy limitado que fuera.

Pero eso pertenece ya a la historia. El islam tiene hoy un peso importante entre nosotros (13 millones de musulmanes en Europa),

debido sobre todo a la inmigración; pero también se están produciendo conversiones (en Francia, los conversos al islam han pasado de 30.000 a 40.000 en el último año). Las religiones orientales son más minoritarias, pero ya hay en el Viejo Continente budistas de la tercera y de la cuarta generación. Han aparecido igualmente los llamados «nuevos movimientos religiosos», muchos de ellos considerados «sectas destructivas» por los expertos: Cienciología, Niños de Dios o Familia del Amor, Hare Krishna, Edelweiss, Misión de la Luz Divina, Iglesia de la Unificación de Moon, Ceis, Secta del Amor Libre, Nuevo Amanecer, Comunidad, Nueva Acrópolis, Meditación Trascendental, Bhagwan Rajneesh, etc.

Más llamativo todavía ha sido el resurgir de religiones que se habían dado por desaparecidas hace muchos siglos, desde el neodruidismo hasta los ritos de resurrección de Osiris, y muy especialmente el paganismo. En nuestros días, aflojada la censura ejercida por el cristianismo en el pasado, vuelven a celebrarse con fuerza los *solsticios* en la noche de San Juan o en Navidad; los carnavales se convierten en las fiestas de la primavera; se recuperan las «marzas» (en marzo se iniciaba el año en la antigua Roma) o las «mayas». La noche de Halloween (31 de octubre), celebrada sobre todo en el mundo anglosajón, está arraigando cada vez más en los países latinos; etc., etc.

Es algo que habían predicho los «clásicos» de la sociología sin que casi nadie les tomara en serio. Max Weber, por ejemplo, afirmó en 1919 que una característica de nuestra época sería el retorno de los dioses a los que se había dado por muertos, entendidos éstos como las fuerzas míticas de la existencia que la racionalidad moderna había reprimido: «Los numerosos dioses antiguos, desmitificados y convertidos en poderes impersonales, salen de sus tumbas, quieren dominar nuestras vidas y reanudan entre sí la eterna lucha»²¹.

Tanto la proliferación de los nuevos movimientos religiosos como el retorno del paganismo, por su sincretismo y su marcado carácter hedonista, responden muy bien a la mentalidad postmoderna. Recordemos que Nietzsche lanzó, hace ya más de cien años, la consigna «Dionisio contra el Crucificado»²². Para el filósofo alemán, situar como centro de la religión a un agonizante en el madero de la cruz es, simplemente, una sacralización del dolor y una ofensa a la Vida. El hombre necesita reencontrar la energía vital mediante el delirio de la fiesta, la danza frenética, el éxtasis de la borrachera, el exceso de sensaciones.

Así, pues, el cristianismo debe enfrentarse en la Europa actual a una fuerte competencia; lo cual, por cierto, no es completamente nuevo. Ocurrió ya durante los cuatro primeros siglos de nuestra era, y más tarde en los territorios de misión: en ambos casos, la fe cristiana necesitó ganar adeptos en concurrencia con otras ofertas religiosas, procurando ofrecer la mejor vía de salvación, y supo hacerlo con éxito.

No lamentemos, por tanto, estar nuevamente en situación de competencia. Puede ser un estímulo para revitalizar la Iglesia. Como dice Bernhard Häring, «cuando una sociedad poderosa ha conseguido un pleno monopolio y no teme ninguna competencia, se va convirtiendo lentamente en perezosa, inmóvil e inadaptada. Ya no hay que ganarse el favor del comprador»²³.

Un cristianismo complejo

Lo malo –y con ello termino este repaso a las dificultades del cristianismo europeo– es que, para triunfar en una situación de competencia, es necesario tener confianza en el producto que ofrecemos. Según Dodds, una de las causas más importantes del éxito de la primera evangelización fue que, mientras los paganos habían perdido la confianza en sí mismos, el cristianismo aparecía a los ojos de todos como «una fe que merece la pena vivir, porque es también una fe por la que merece la pena morir»²⁴.

Y a nosotros nos ocurre más bien lo contrario. Seguramente no hay ningún colectivo que, siendo ridiculizado con frecuencia en los medios de comunicación y viendo disminuir año tras año sus efectivos, no experimente una crisis de confianza. Ya dijo Marx que la conciencia del hombre viene determinada por su ser social²⁵. Y la moderna sociología del conocimiento, al estudiar la influencia que el ambiente que nos rodea tiene sobre nuestras convicciones más íntimas, ha ratificado en lo esencial esa afirmación, aun cuando sustituyendo «determinada» por «condicionada».

La pérdida de valor del cristianismo en la opinión pública europea ha erosionado la confianza en sí mismos de los propios cristianos. Por eso dijo con mucha razón Pablo VI que, «evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor»²⁶.

- * Profesor de Teología Moral. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.
<lcarvajal@teo.upcomillas.es>.
1. TILLARD, Jean-Marie-René, «Nosaltres, som els darrers cristians?»: *Qüestions de Vida Cristiana* 190 (1998) 10.
 2. GONZÁLEZ-ANLEO, Juan, «Los jóvenes y la religión “light”»: *Cuadernos de Realidades Sociales* 29-30 (1987) 28-33.
 3. ACQUAVIVA, Sabino S., *El eclipse de lo sagrado en la civilización industrial*, Mensajero, Bilbao 1972, p. 208.
 4. Cf. JASPERS, Karl, *Origen y meta de la historia*, Alianza, Madrid 1985³.
 5. HEINE, Heinrich, *Contribución a la historia de la religión y de la filosofía en Alemania (Obras, Vergara, Barcelona 1964, pp. 724-725)*. Naturalmente, dado que nuestro hombre escribe en 1834, creía que la pronunciación del tetragrama divino era «Jehová». Me he permitido corregirle.
 6. TORRES QUEIRUGA, Andrés, *Fin del cristianismo premoderno*, Sal Terrae, Santander 2000, p. 211.
 7. TORRES QUEIRUGA, Andrés, *Recuperar la creación*, Sal Terrae, Santander 1997, p. 111.
 8. TORNOS, Andrés – APARICIO, Rosa, *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, Madrid 1995, p. 86.
 9. WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1996², pp. 28-29.
 10. *Ibid.*, p.33.
 11. *Ibid.*, p. 31.
 12. *Ibid.*, p.32.
 13. PAPINI, Giovanni, *La escala de Jacob (Obras, t. 4, Aguilar, Madrid 1957, p. 514)*.
 14. Cf. GALBRAITH, John Kenneth, *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona 1993⁵.
 15. LA BRUYÈRE, Jean de, *Los caracteres, o las costumbres de este siglo*, Aguilar, Madrid 1944, pp. 221-222.
 16. HAAG, Herbert – BORN, A. van den – AUSEJO, Serafín de, *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona 1978⁷, cols. 1.151-1.152.
 17. BLOCH, Ernst, *El principio esperanza*, t. 3, Aguilar, Madrid 1980, p. 344.
 18. Cf. GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander 2005⁶, pp. 120-123.
 19. TIerno GALVÁN, Enrique, *¿Qué es ser agnóstico?*, Tecnos, Madrid 1976², pp. 15, 17, 25, 26, 28, 29, 45, 46, 50, 55, 64, 67, 84...
 20. *Ibid.*, p. 32.
 21. WEBER, Max, *El político y el científico*, Alianza, Madrid 1979, p. 218.
 22. NIETZSCHE, Friedrich, *Ecce homo (Obras completas, t. 4, Prestigio, Buenos Aires 1970, p. 375)*.
 23. HÄRING, Bernhard, «Monopolio eclesiástico y sociedad pluralista»: *Selecciones de Teología* 4 (1962) 305.
 24. DODDS, E.R., *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Cristiandad, Madrid 1975, p. 173.
 25. «No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia»: MARX, Karl – ENGELS, Friedrich, *La ideología alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México 1978³, p. 26.
 26. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 15 e (*El magisterio pontificio contemporáneo*, t. 2, BAC, Madrid 1992, p. 90).